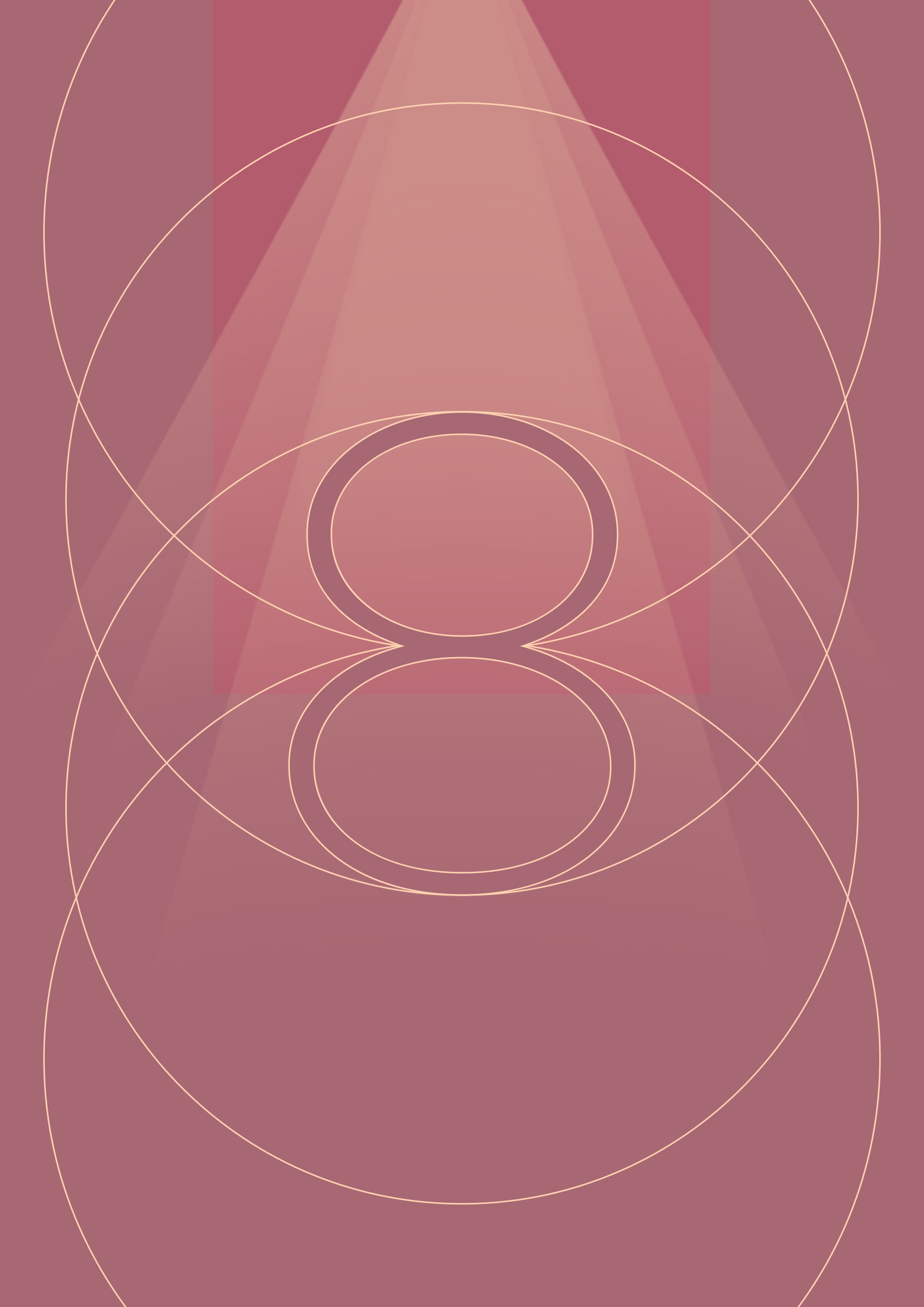


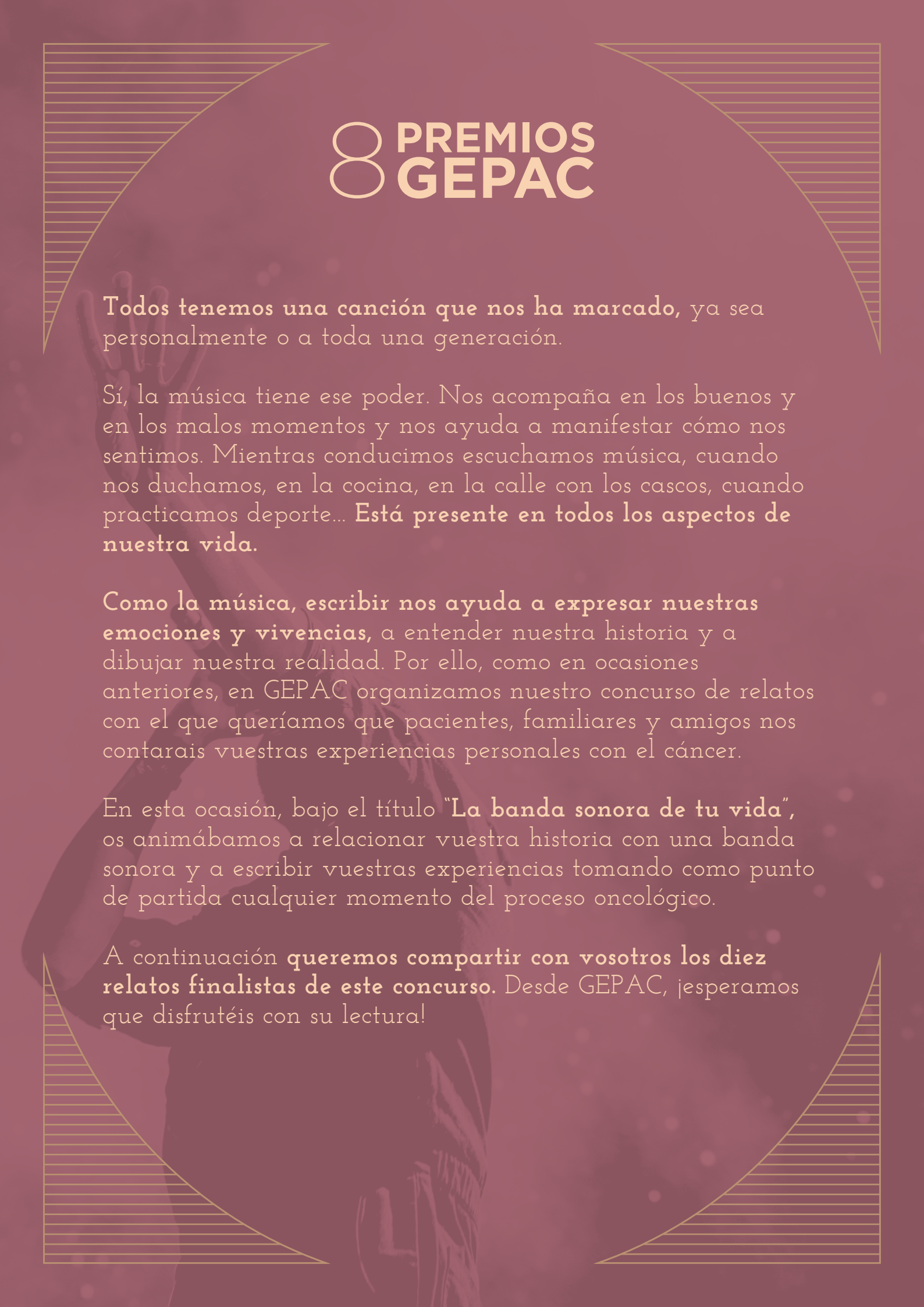
8 PREMIOS GEPAC

— LA VOZ DE LOS PACIENTES —

V CONCURSO DE RELATOS GEPAC







PREMIOS GEPAC

Todos tenemos una canción que nos ha marcado, ya sea personalmente o a toda una generación.

Sí, la música tiene ese poder. Nos acompaña en los buenos y en los malos momentos y nos ayuda a manifestar cómo nos sentimos. Mientras conducimos escuchamos música, cuando nos duchamos, en la cocina, en la calle con los cascos, cuando practicamos deporte... **Está presente en todos los aspectos de nuestra vida.**

Como la música, escribir nos ayuda a expresar nuestras emociones y vivencias, a entender nuestra historia y a dibujar nuestra realidad. Por ello, como en ocasiones anteriores, en GEPAC organizamos nuestro concurso de relatos con el que queríamos que pacientes, familiares y amigos nos contarais vuestras experiencias personales con el cáncer.

En esta ocasión, bajo el título **"La banda sonora de tu vida"**, os animábamos a relacionar vuestra historia con una banda sonora y a escribir vuestras experiencias tomando como punto de partida cualquier momento del proceso oncológico.

A continuación **queremos compartir con vosotros los diez relatos finalistas de este concurso**. Desde GEPAC, ¡esperamos que disfrutéis con su lectura!



UNA INDESEABLE VISITA

Nadie le invitó, nadie le vio, se coló por las rendijas de la puerta de casa y se presentó en silencio, sin avisar.

No sabemos en qué momento llegó aquella sigilosa visita, ni porqué eligió la habitación de Alex para instalarse... ¿Cuánto tiempo pasó hasta que decidió comunicarlo oficialmente? Lo cierto es que su presencia, que todavía no comprendemos, vino a desbaratar nuestras vidas, a abrir un abismo cuya dimensión no podíamos imaginar.

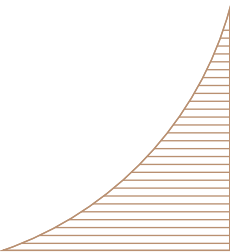
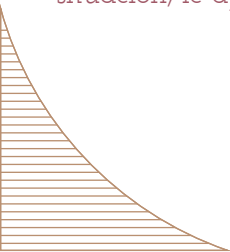
El indeseable visitante, nunca nos habló de sus propósitos, ni del tiempo que iba a permanecer en nuestro hogar. De forma inconsciente asumimos que sería breve, pues desde el momento en que notamos su presencia, no hicimos más que invitarle a que lo abandonara. Inicialmente nuestra sugerencia fue amable, para ir aumentando en agresividad con el tiempo, hasta convertirse en una verdadera batalla de la que no parecía darse por enterado.

De la misma manera que los primeros acordes de una melodía desconocida abren una incógnita sobre cuáles le sucederán, nuestro personaje era un enigma acerca de lo que nos podía esperar. De esta forma y sin saberlo, iniciamos una carrera cuya complejidad desconocíamos. Las primeras notas de Carros de fuego anunciaban todo lo que quedaba por recorrer.

El primer paso fue averiguar de quién se trataba y, las investigaciones de los grandes aliados que desde el primer momento nos acompañaron, revelaron que su nombre era Hodgkin. Este hallazgo pareció tranquilizar a muchos, ya que puestos a recibir una visita no grata, parecía ser de las menos pesadas.

La banda sonora compuesta por Vangelis evocaba, al igual que lo hacía Alex, deportistas corriendo por la playa esforzándose por superarse, emanando sudor y lágrimas por alcanzar su meta. A partir de aquel momento, comenzaron a escribirse en el pentagrama de su vida, las notas de una larga sinfonía que incluiría adagios, allegros, silencios y toda una orquesta tocando con un único fin, que Hodgkin no estuviera cómodo y decidiera irse; cuanto antes, mejor.

Los primeros efectos se dejaban notar en Alex, pero la calurosa reacción de todos cuantos supieron de la situación, le aportaron toda la energía y fortaleza que iba a necesitar en este recorrido.



Transcurrieron seis meses en los que los progresos al son del piano y sintetizadores, hacían creer que estábamos cerca de despedir al intruso de extraño nombre, y de volver a poner paz y silencio en la habitación de nuestro hijo. Pero no pudo ser.

Habíamos oído hablar de visitas insistentes, pertinaces, incansables; este parecía ser el perfil de la que quiso apoderarse de la vida de un recién licenciado ingeniero aeroespacial, que soñaba con subir montañas, viajar a lo más recóndito del planeta y comerse el mundo. Hodgkin volvió a hacerse notar, en esta ocasión con más intensidad. Decididamente no quería despegarse de la persona a la que, sin preguntar, convirtió en un disconforme anfitrión.

Miedo, confusión... las siguientes notas de nuestra banda sonora fueron disonantes, y al igual que la carrera, no avanzaban en el sentido esperado. Un cambio de entrenador proponía un nuevo programa que podría dar con la clave que buscábamos.

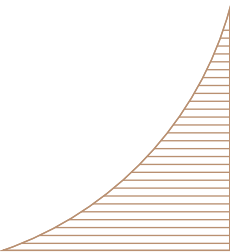
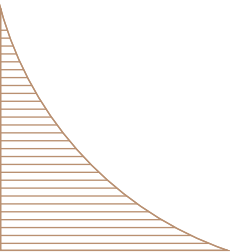
Abrimos las ventanas de casa, entró aire fresco y renovado; un nuevo compás a ritmo lento, pero algo cambió. Alex volvió a correr, recobró la confianza y retomó algunas de esas actividades retardoras que hacen que los grandes luchadores se reafirmen por su capacidad de superación. Nunca se olvidaba de aquel pesado acompañante que no se despegaba en ningún momento, pero le engañaba ignorándole, haciendo como si no existiera.

Más entrenamientos, pruebas, obstáculos, éxitos y fracasos completan esta carrera que, tras casi dos años y medio, aún no ha tocado a su fin. Nuestro corredor continúa incansable, dando largas zancadas impulsado por su visión en la meta, las directrices y apoyo de su gran entrenador y el cariño incondicional de sus compañeros de fatigas.

Continuamos soñando con volver a ser los que éramos en casa, una familia de cinco personas, que vivimos a gusto, reímos, bailamos, corremos y nos inventamos cualquier excusa para pasarlo bien. Queremos olvidar que un día un extraño personaje se infiltró en nuestras vidas.

Gracias a todos los que nos acompañáis en esta prueba, que hasta ahora ha tocado cuesta arriba, pero estamos seguros de que vendrán etapas más llanas y cuesta abajo, hasta llegar a romper con éxito la cinta de la meta final.

Autora: Macarena de Saracho.



EL PERRO NEGRO

El punto de inicio lo conocemos todos, vives sin pararte a pensar y haces planes dándolos por supuesto. Lo valoras todo en la medida en que puedes, en la medida en que respiras tranquilo.

Pero un día en clase lo ves de reojo. Pasa por la puerta y se detiene un momento a pegarte un vistazo. Solo ves el pozo negro de su mirada y tiembles, pero se va, y piensas que habrá sido casualidad, el estrés de los exámenes y la hipocondría típica de estudiar Medicina. Esa noche llegas a casa y mirando por el espejo vuelves a ver un pelaje oscuro y fugaz que se escapa por la oscuridad. Ahora ya no solo tiembles, sudas y se te acelera el corazón.

- Mamá, tenemos que ir al doctor.

Este te dice que el perro es inofensivo, que no parece peligroso, que es normal que sea tan negro y tan amenazador, que al final todos lo son pero que con el tratamiento adecuado se cansará de rondar y se irá sin más historias. Mientras, pasan los meses y haces caso a los médicos, pero no acaba de ir bien. En lugar de molestarle el tratamiento le da alas. Pronto lo ves en todos los lugares, va detrás tuya como una sombra, y un día que está más atrevido te pega un bocado. Ves salir tu sangre y no recuerdas exactamente por qué se suponía que ese perro era bueno.

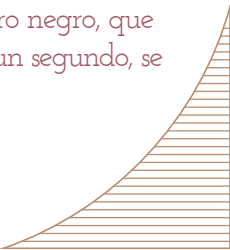
Ladra por las noches y no te deja dormir, cuando te intentas mover más de la cuenta te araña y te tumba sin miramientos, sin lástima por ti. Empiezas a entender que es un ser horrible como él solo, que disfruta con tu dolor y con la desesperanza.

- Papá, tenemos que ir a urgencias.

El médico de guardia se queda mirando y parece que ve algo que el anterior médico, cinco meses antes no había visto. Más pruebas y más tratamiento de ese que solo te deja a ti más débil y al perro negro más fuerte. Notas como por las noches ya no duerme, solo te ronda como quien ronda la cena.

- Toca la prueba definitiva, vamos a abrirlo y analizarlo.

Cuando despiertas de la anestesia el perro te mira, débil pero sonriente, con la sangre goteando por la boca... y tienes miedo, uno que no te va a dejar en muchos meses.



Llega el día y el perro entra a la consulta con la cara bien alta. Te confirman que no es un perro negro, que es El perro negro y que te quiere matar. Y en ese momento, no se te pasa la vida por delante en un segundo, se

te pasa en más. En ese momento en que el perro está destrozando tu cuerpo como animado por la sentencia del médico y llena toda la consulta de pelo negro y lágrimas ajenas. En ese momento te acuerdas solo de algunas cosas, unos pocos segundos, unas pocas caras, unos pocos sentimientos y luego caes.

Los siguientes días eres un robot. Un robot que camina, que habla, que ríe, que no tiene nada dentro. El perro te va destruyendo y tú ni siquiera lo miras mientras se aleja con trozos de ti entre los dientes.

Comienza la quimio y ves que entra cohibido a la sala, saluda a los otros perros negros y te lanza sus dientes al cuello. Y así durante meses. Las quimios os matan un poco a los dos, pero parece que a él le afectan más, aunque en cada una de ellas encuentra las fuerzas y la euforia para volver a rasgar tu carne. La mayor parte de personas se acercan sin atreverse a mirar al perro y te preguntan de forma muy sincera y buena. Otros, que ya lo han visto antes, aprovechan y con sus palabras de ánimo le pegan una patada. Unos últimos se acercan tanto a ti que llegan a sentir como propios sus mordiscos y te cuentan cosas con los ojos aguantando las lágrimas, gracias, esa me las habéis ahorrado.

Las pruebas siguen y por fin te dicen que le han conseguido quitar de la mente la idea de matarte, lo ves bien arrinconado en la sala y sin atreverse a mirar, él que había sido tan grande y poderoso.

- Debemos seguir con la radio, es el protocolo.

Alza la mirada tenebrosa y te vuelven las lágrimas a los ojos, se va a dar el último banquete, y va a ser contigo, para variar. Vuelve a entrar contigo al acelerador lineal pero ahora estás solo. Y gritas ayuda y el maldito perro aprovechando que estás inmovilizado te sube encima y te hiere la garganta y la lengua y tus gritos quedan ahogados.

Llegará el día en que acabes, la última vez que entres a la máquina. El perro te mirará y llorará, no por bueno, sino porque ya no sabe si volverá a comer nunca más, si volverá a hacer lo que había venido a hacer, si volverá a provocar dolor en todo al que ve.

Cuando sales, los médicos miran tu cuerpo maltrecho y te dicen que ya, que se ha ido, que han conseguido una orden de alejamiento para el perro.

Pero tu vida ya ha cambiado, ahora vives sabiendo que vives, no das nada por supuesto y no planificas como antes porque sabes que no todo depende de ti.

Encuentras que lo único que justifica al ser humano es su capacidad de amar y ser amado y encuentras que nadie que ame de verdad podrá nunca ser malo.

Que "estar" se vuelve mucho más importante que "ser" y que "parecer", desaparece.

Que las emociones deben ser experimentadas en el momento aparecen y los sentimientos dichos antes de que hagan lo opuesto. Encuentras que quien nunca llora sinceramente nunca ríe sinceramente tampoco.

En suma, te lo encuentras todo y no encuentras nada que no sea la vida. Aunque esa mirada oscura un día de clase será difícil de olvidar.



Autor: Joan Guzmán.

LA VIE EN ROSE

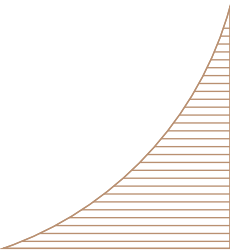
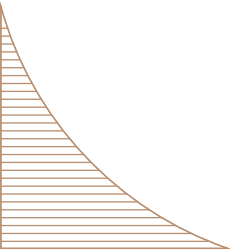
La enfermedad ha vuelto para instalarse en mi cuerpo de forma definitiva. Las estadísticas hablan de tiempo, de poco tiempo, hay nuevos tratamientos en fase experimental, pequeños avances pero yo, ya no me reconozco. No sé quién es esa imagen que se refleja en el espejo, he perdido mi esencia y mi color. Solo me veo en blanco y negro. Intento gestionar los sentimientos de los demás, mi familia y amigos para dejar todo ordenado. No quiero que sufran. Yo lo tengo tan asumido que no me asusta la carga.

He tenido que escapar a París. Pasear por sus calles me aporta ese grado anónimo que necesito. Tampoco me reconozco en el reflejo del Sena. He alquilado una buhardilla en la Place du Tertre en pleno Montmartre donde pinto cuadros que vendo los domingos a los turistas que se acercan a curiosear mientras escucho La Vie En Rose en las cientos de versiones que ha sido interpretada. Según me encuentre de ánimo me dejo llevar por Edith Piaf (que compuso la letra) o por Louis Armstrong o la baioloteo al ritmo que me marca Grace Jones y tantas otras más modernas pero con la misma esencia. El rosa no es mi color y lo rechazo, pero aplicado a esta melodía me acompaña siempre porque como dice la canción, mientras el corazón late soy capaz de seguir sintiendo, palabras de amor, amaneceres, la vida en su plenitud...

Si me siento a tomar un café en La Mère Catherine es Maurice quien "la pincha" para agradarme o cuando se instala en la plaza es ese bohemio sin nombre, quien rasga los primeros acordes con su violonchelo al verme pasar mientras le dedico una sonrisa. Aquí nadie sabe que mi vida no es rosa.

Vivo en mi mundo impresionista. Por las tardes voy al taller de Rodin para hacer yesos y ganarme unas monedas extras y coger algunos oleos, un poco de queso, uvas y una botella de vino para cenar. En esa casa siempre hay abundancia. Me he hecho muy amiga de Camille su nueva amante y por cierto mejor escultora que él, pero a las mujeres no nos consideran como iguales. Las dos soñamos que en un futuro esto cambie y los hombres nos valoren. Les observamos en la vieja taberna por la noche mientras beben absenta. A mí me atrae el pelirrojo, Vincent, pero creo que está más loco que yo. Quieren hacer un grupo compacto, pero lo van a tener complicado porque algunos venden sus cuadros y pueden vivir de su obra y otros no. Quiero escuchar con él la canción que todavía no se ha compuesto y que me susurre al oído que me ama. Quiero que me pinte y de esa forma me convierta en inmortal, aunque ahora sea una mujer sana y no adivine del todo lo que llegará en el futuro.

Cierro los ojos para que el sol no me deslumbre y me saca de mi ensoñación un japonés interesado en uno de mis lienzos. Los asiáticos saben lo que compran, no se interesan por cualquier cosa y le ha



llamado la atención la potencia de mi pintura. Las pocas fuerzas que tengo las utilizo en pintar, en plasmar sobre una tela toda la rabia que llevo dentro y transformar mi desaliento en algo bello. Este domingo ya he sacado para pagar el alquiler del mes. Se está nublando y empieza a levantarse aire. Mientras recojo me río por dentro porque pienso que al final, hoy el día me ha salido de color rosa.

Cada tres semanas tengo que volver a Madrid, hay que continuar con el tratamiento “de por vida” me dicen los médicos. Reclinada en el sillón y con la quimio entrando en mi cuerpo, siento el sopor que me produce uno de los medicamentos y me quedo dormida pensando en mi París impresionista.

Es cierto que todavía no lo he perdido todo, pero el camino me pesa mucho esta vez. Mi cuerpo no se recupera, está dañado y cualquier posibilidad de recomposición ha quedado descartada. Ahora soy lo que soy y debo quererme como estoy. No quiero que me digan que tengo que seguir luchando ¿contra qué? me pregunto.

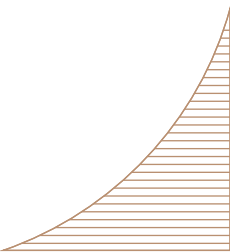
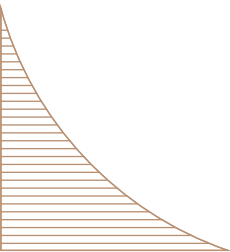
Lo único que no ha mermado es mi voluntad por vivir y en no tener miedo. No lo tengo y no quiero que lo tengan los que me rodean. Mi hermana que se sienta paciente junto a mí contando los minutos, cada gota que entra en mi cuerpo. Eso hace que me muestre más fuerte y con una gran voluntad por ser, por estar con dignidad hasta donde mis energías me dejen.

Vuelvo a soñarme en blanco y negro, cada vez más desdibujada, en este París en rosa. De camino a mi casa hemos encontrado en la calle una otomana con la seda desgarrada y Camille y yo la llevamos a rastras hasta la buhardilla. La quiero colocar junto al ventanal. Con un poco de lija y barniz va a quedar estupenda. Estoy encendiendo la estufa porque hace frío y empieza a caer la niebla sobre los viñedos. Mientras cenamos sopas de ajo con una copa de vino, me cuenta que Monet está escribiendo en un cuaderno sus recetas de cocina, con pequeñas ilustraciones de acuarela y que les ha invitado a pasar el fin de semana en su villa de Giverny. Me propone ir con ellos y pasear por ese jardín precioso.

Me despierto con el pipipipi de la maquinita que nos indica el final del tratamiento. Ya tengo a mi hermana con todo preparado para sacarme de allí en cuanto comprueben tensión, temperatura y me “desenchufen”.

En el coche la pregunto si conoce una versión de La Vie en Rose de Zaz, una joven cantautora francesa que la ha transformado a ritmo de jazz. Me responde que no, la busco en el móvil y canturreando y sonriendo dejamos atrás el hospital, la larga tarde de tratamiento y empezamos a planificar un fin de semana sin saber todavía, el color que le vamos a poner.

Autora: Olga Fernández.





MI VIDA EN UNA CANCIÓN

Si tuviera que definir mi historia como si de una película se tratase, esta siempre estaría acompañada de una banda sonora, formando parte de mi esencia y siendo inseparable del guion de mi vida.

Todavía esa música se vuelve más valiosa cuando atravesamos una enfermedad tan poderosa e intensa como es el cáncer. Cuando transité la enfermedad me refugié mucho en canciones que me acompañaron día a día y que fueron consiguiendo así, hacerme salir de ese escenario a veces dramático y triste, donde el miedo, colándose por los rincones de nuestra mente, siempre busca ocupar su lugar.

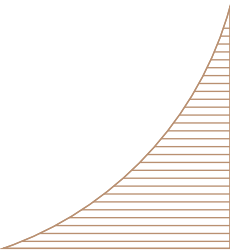
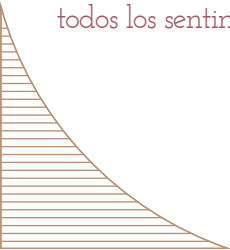
Para mí la música supuso un refugio donde descansar. Un refugio que me alejaba de la tristeza y el desánimo. No puedo decir que fue solamente una canción ya que cada situación necesita una música diferente pero todas cumplían su papel, relajarme y hacerme sentir en otra vibración de paz. Y por encima de todo, darme esa fuerza necesaria para pasar por el camino tan angosto que suponen los tratamientos.

Recuerdo una banda sonora con una música relajante de título "EL PARAISO DEL ANGEL". Tenía una frecuencia especial. Durante las sesiones de quimio me trasladaba a un espacio paralelo, donde el tiempo desaparecía y las casi 5 horas del tratamiento, parecían más cortas. Esa paz con la que salía me convencía del importante poder sanador de la música, mis defensas se encontraban siempre altas y los efectos secundarios eran simples anécdotas. Pude comprobar que la música desvanecía esa densa vibración de miedo, sintiendo que influía directamente sobre mis defensas e impidiendo que yo me debilitara.

La música siempre me ha acompañado. Ahora mismo, mientras escribo, la continúo escuchando. Siempre a tengo dispuesta en mi móvil, no recuerdo la cantidad de veces que la habré compartido con distintas personas que me la solicitaban, siempre recomendándola para aquellos momentos de mayor cansancio. Me acostaba con mis cascos y, después de una pequeña siesta, me levantaba con mucha energía para enfrentar el resto del día.

Me gustaría describir mi proceso durante la enfermedad a través de una serie de bandas sonoras y películas que tuvieron y continúan teniendo, una relevancia especial en mi vida. Me encantan porque son capaces de describir esas emociones que experimenté de forma muy gráfica y visual. Descripciones donde las palabras no serían ni lejanamente precisas.

Empezaría con mi cantante favorito, Alejandro Sanz, y una de sus canciones que resultó ser para mí la más especial. Una canción que expresa cómo te sientes ante la soledad de un diagnóstico como es el CÁNCER y todos los sentimientos que lleva asociados a él.



"CUANDO NADIE ME VE"

Sentí profundamente aquellas frases incluidas en la canción que decían:

"A veces me elevo doy mil volteretas,
A veces me encierro tras puertas abiertas,
Cuando nadie me ve, puedo ser o no ser, no me limita la piel"

Así me vi en ese primer momento de impacto flotando en otra dimensión donde creía que nadie podía verme, ni sentirme y con ese deseo inconsciente de aislarme de todos los que me rodeaban.

Pero enseguida pude pasar a la siguiente fase donde aparece la banda sonora de "GLADIATOR", la película de Russell Crowe, donde me inspiraba una lucha cuerpo a cuerpo contra el miedo y el dolor pero con el potente escudo de la determinación.

Después continuaría mi película con la canción "DON'T STOP ME NOW" de Queen, donde encontré mucha fuerza y energía que me hacía bailar. Es una bonita canción que invita a seguir y mirar hacia adelante.

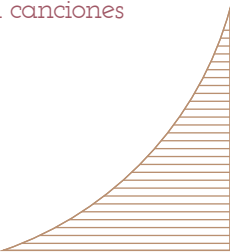
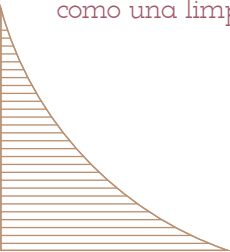
Más tarde transité por un sendero de calma y aceptación que bien se podía acompañar con la maravillosa música de "MEMORIAS DE ÁFRICA" de John Barry, que transmite tanta armonía, contemplando esos paisajes tan salvajes y espectaculares, y esas puestas de sol de África que me transportaban a momentos dulces de inmensa calma.

Luego pasaría a una etapa para mí de afianzamiento y determinación mediante la potente voz de Gloria Gaynor y su bonito tema "SOBREVIVIRE". Canción donde encontraba esa manifestación de confianza puesta en este proceso interior que fui trabajando durante este tiempo.

Y ya caminando hacia esa etapa final no podría faltarme una banda sonora que expresase que todo se había acabado y que la lucha había concluido: "LO QUE EL VIENTO SE LLEVO". Preciosa banda sonora que expresa la evanescencia de aquellas memorias de dolor, animándome a recordar el decreto famoso que encierra esta película: "A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasarlo mal".

Quiero también agradecer a la canción "VIVIR" de Rozalén y Estopa y de la que no quería olvidarme, ya que me estuvo regalando unos momentos muy refrescantes y emocionantes cada vez que la escuchaba, haciéndome sentir genial.

La letra de esta canción dice mucho de las emociones durante este proceso y resonó mucho conmigo. Descubrí que para hacer esta composición, se inspiraron en muchas experiencias reales que fueron recopilando de mujeres durante esta enfermedad. Esas lágrimas que todavía afloran cuando la escucho son tan liberadoras como una limpieza de alma y no brotan desde la tristeza sino desde el amor a una misma. Son canciones

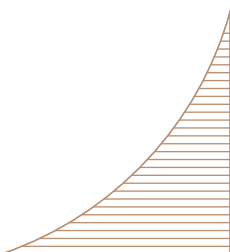
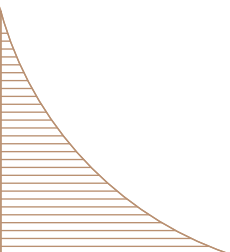


que tienen un origen muy profundo, compuestas seguramente desde el silencio, y con la calma que requiere conectar con el corazón de las personas para las que esta destinadas. Por eso, para mí es una canción que me visualizaba como con una capa de Superman que te ayuda a sobrevolar el dolor y el miedo, y a dirigirme a un espacio más alegre y esperanzador. Cuando quería tener un ratito refrescante y alegre la escuchaba. Hoy, todavía la sigo necesitando.

Voy a resaltar ese último párrafo de esta canción en el que subes tan alto, que luego es difícil bajar:

"Y si alguien detiene tus pies,
Aprenderé a VOLAR
Yo saldré de aquí,
SI LO CREO ASÍ,
Me toca ser feliz
Ahora soy feliz porque se bien que es VIVIR
Ahora SI que SI".

Autora: Isabel Calahorro.



DE CUANDO ÉRAMOS INMORTALES

David Bowie, Hero

Escuché por primera vez esa canción cuando estaba en Malabo, capital de Guinea Ecuatorial. Hacía un reportaje económico y casi no había conexión a Internet en toda la isla.

—Ya hablaremos en navidades cuando llegue a casa, mamá — solía decirle a mi familia cuando me llamaban por teléfono y se cortaba la llamada.

Era abril de 2015 y tenía treinta años. Después de hacer mis entrevistas por el día acababa las últimas horas de la tarde viendo películas en la televisión de mi habitación a través de un pincho USB que me había traído de España, cargado con más de cien grabaciones. Una de ellas llamó mi atención: *The Perks of Being a Wallflower*, traducido al español como: *Las ventajas de ser un marginado*. En una escena la actriz estadounidense Emma Watson, en el papel de Sam, está sentada en un coche con dos chicos, Charlie y Patrick. Conducen de vuelta a casa cuando empieza a sonar en la radio las letras de la canción Hero de Dawid Bowie.

—Oh chicos, ¿qué canción es esta?
—No tengo ni idea —le responde Charlie.
—¿Habías oído esa canción?
—Nunca.
—Vamos al túnel —insiste Sam.
—No —responde Patrick.

En la escena Sam besa a Patrick en la mejilla y acaba convenciéndolo para que entren en el túnel. Después, ella se sube a la parte de atrás de una camioneta americana y se yergue con la cabeza en alto poniendo los brazos en cruz, abrazando las estrellas. La cámara se desplaza a los asientos delanteros del automóvil donde uno de los chicos dice: "Me siento infinito".

Pensé en esa secuencia al editar en el ordenador la entrevista de Ana Gil, una maestra y paciente oncológica que conocí en el grupo de Wasap de AEAS (Asociación Española de Afectados por el Sarcoma). Ya no estaba en Guinea en 2015, sino en Coruña en marzo de 2020. Y la pantalla era nuestra única ventana al mundo exterior mientras pasábamos el confinamiento del Covid-19.

—¿Cree que el cáncer es una enfermedad estigmatizada? ¿Por qué? —le preguntaba por email.

—Claro. Da mucho miedo. Es una enfermedad habitualmente larga, con pruebas agresivas. Estéticamente se nos

nota enfermos, a menudo débiles o deteriorados por momentos, vulnerables y dependientes. Y el ser humano no quiere verse en el espejo de la debilidad, no quiere sentirse material delicado. Nos agarramos como fieras instintivamente a los momentos únicos e irrepetibles de la juventud y nos identificamos con esa imagen de nosotros. No queremos vernos de otra manera que jóvenes y felices.

"Nos agarramos como fieras a los momentos únicos de la juventud", una frase estremecedora y a la vez cierta. Pensaba en ella al ver en el móvil la escena de los chicos saboreando la libertad de su juventud y sintiéndose literalmente "infinitos", con las letras de Bowie sonando de fondo.

"Yo, yo seré el rey
y tú, tú serás la reina.
Sólo por un día
podemos ser héroes
sólo por un día."

Echando la vista unos años atrás cuando vivía en la última colonia española me acordé de que en ese momento me sentía eternamente joven e invencible pensando que nada me podía pasar. Había aterrizado en Malabo en septiembre de 2014, en pleno brote de Ébola en Madrid después de que el Gobierno de España, en aquel momento presidido por Mariano Rajoy, trajera expatriados los cuerpos de dos misioneros infectados que contagiaron a una enfermera en Madrid. Mis padres me había avisado de que no fuera a África en plena epidemia.

—No, a mí no me va a pasar nada —Tenía veintinueve años y me creía inmortal, capaz de sobrevivir a las pandemias de Ébola, Sida y Paludismo que azotaban el continente y que devoraban cientos de vidas. Pero a mí no. Yo estaba fuerte y sana.

Hasta que en enero de 2016, de vuelta en casa y dos años más tarde de aquella pandemia de Ébola, mi suerte cambió. Seguía siendo joven, pero no indestructible. Un condrosarcoma extraesquelético mixoide apareció en el muslo derecho y con el paso de los años fue metastazando hasta llegar al punto en el que estaba: una auténtica montaña rusa en el que a veces había resultados buenos y otras muy malos.

Igual que me creía indestructible en 2015 muchos españoles pensaron lo mismo en 2020. "No a mí no me va a pasar"; "no eso no llegará a Europa"; "no eso afecta solo gente mayor con patologías previas". Y nada pasa hasta que pasa. Es entonces cuando te percatas de que no eres inmortal. Y a que a veces la vida hace lo que da la gana sin consultarnos. Maduramos a golpes. Pero también lo hacemos al sentir el abrazo de un familiar en la sala de oncología, al escuchar los aplausos entre balcones, y al tener la esperanza de que algún día llegará la calma. La vida sigue para todos y cada uno de nosotros.

Esa noche confinada, mientras acaba de editar la entrada del blog en mi casa, volví a pensar en aquella escena de la película, en la letra de Hero de Bowie y en las palabras de Ana. Asimilé que todos nosotros somos mortales, y por ende conscientes. Me fui a la cama repasando las palabras otra integrante del grupo de AEAS, Gloria Cerezo, quien perdió a su hermana pequeña, Carolina, a la edad de veinticinco años por culpa de un sarcoma. La vida también continuó para Gloria cuando decidió escribir la lucha de su hermana en su libro *El día que decidiste no morir*, o mejor dicho: el libro de ambas. En el escribe que Carolina solía decir: "No esperes a tenerlo todo para disfrutar de la vida, ya tienes una vida para disfrutar de todo". Quizá al fin de cuentas, esa sea la mejor lección de saber que no somos inmortales. Y que "podemos sentirnos héroes aunque solo sea por un día".



Autora: Iara Bua.





MADRE



Caminaba en dirección al médico bajo fina lluvia de aguanieve. Las calles estaban adornadas con luces de colores, los árboles cubiertos de brillantes serpentinas y la música navideña correteaba en el aire. "Feliz Navidad" oía decir a todo el mundo.

Al entrar en el edificio, sacudí el abrigo del agua y me dirigí a la consulta. Desde hacía tiempo, mi madre, había desmejorado bastante y quise informarme, ya que ella no quería contar nada. "Su madre padece un cáncer de seno muy avanzado que se ha extendido a otros órganos. Está clasificada como terminal, lo siento". La frase dura, escueta y sincera del médico, me dejó aturdido.

Miles de sentimientos me asaltaron, sobre todo, el de culpabilidad: me pesaba recordar episodios en los que pude hacerle daño con mi actitud; me arrepentía por no haberla abrazado y decirle cuanto la quería más a menudo; sentí odio hacia mi padre por abandonarnos hacía un par de años. Incluso la maldije por no contarme nada sobre su enfermedad, pero ese pensamiento me hizo sentir peor y terminó por derrumbarme. Lloré amargamente en los pasillos del hospital.

Al llegar a casa, entré en su cuarto. Estaba sentada junto a la ventana, con su eterna sonrisa, bañada por el tímido sol de diciembre que atravesaba los cristales. Se giró y sin decir nada me indicó, con palmadas sobre la cama, que me sentara junto a ella.

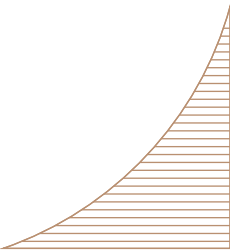
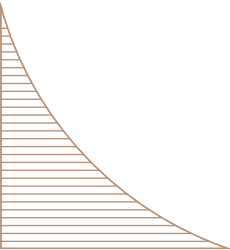
– Por...

– ¡Shhh! –Me hizo callar con el índice en sus labios –Tarde o temprano te enterarías. Ahora solo escucha.

Estaba puesto un disco de música. Me sorprendió oír ópera.

– Pero ¿a ti te gusta?

– Hijo, sentada en esta silla, en este pequeño cuarto, estoy aprendiendo muchas cosas, incluso a escuchar ópera. La pusieron un día en la radio, Nessun dorma, comentó el locutor, interpretada por Luciano Pavarotti, y me emocionó como nunca me ha emocionado música alguna. Tomé nota y compré el disco. Ahora solo escucha.



Aquellos fueron los momentos más intensos, maravillosos y emocionantes que he tenido en mi vida. La potente voz del tenor inundaba la habitación y mi mano apretaba la de mi madre, cada vez con más fuerza, escuchando la voz de Pavarotti gritar: «Venceré, venceré, venceré».

Al acabar empezó a hablarme, y yo solo deseaba escucharla:

– No te dije nada porque no quería que sufrieras. Los que padecemos una grave enfermedad hemos de sufrir por dos: por la dolencia y por el sufrimiento del familiar. No pienses –me contaba– que sentada en esta silla estoy esperando la muerte, al contrario, empiezo a vivir. Es como si mis sentidos se hubiesen desarrollado y se centraran en lo realmente importante. Me fijo en cada detalle y disfruto de cada instante.

– Pero siempre hay esperanza –dije, manteniendo mi mano apretada a la suya.

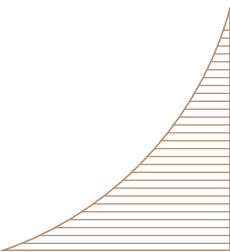
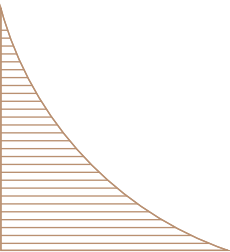
– ¡Esperanza! ¡Qué bella palabra! –contestó –. Abandonarla es tan trágico como desear la muerte. Sin ella, respiras tristeza por todos los poros de tu ser, alimentas la pena y solo deseas perderte en los oscuros callejones de la desesperación. Cuidala, ámala, será tu mejor compañera durante toda la vida. Pero, hijo –con mirada tranquila –, ni todo comienza al nacer ni nada termina al morir. El proceso de la vida comienza mucho antes de ver la luz por primera vez y continuará eternamente después de haber partido. ¡No hay nada más estúpido que temer a la muerte toda la vida! ¡Si solo llega una vez! –terminó riendo, y a mí, me contagio.

– Ah, hijo –continuó diciéndome – no deseo guardar rencor a nadie; el rencor te corroe y no sirve para nada. Quiero irme en paz. Cuéntaselo a tu padre y no lo juzgues, los caminos del amor son confusos y a veces incomprensibles. Y una cosa más –se acercó a mí y me besó– feliz Navidad.

Mi madre apenas llegó a vivir un mes desde aquel día, pero durante ese tiempo aprendí a hacer las cosas, por pequeñas que fueran, con amor, a mostrar tranquilidad, paz, e incluso, a retener las lágrimas cuando me miraba estando a punto de marcharse. Le transmití serenidad y por ello mantuvo la sonrisa hasta el final.

Ni que decir tiene que Nessun dorma permanecerá para siempre conmigo; cada vez que la oiga, sentiré a mi madre cerca y me hará recordar esas navidades como las más especiales y mágicas de toda mi vida.

Autor: Pablo José Gutiérrez.





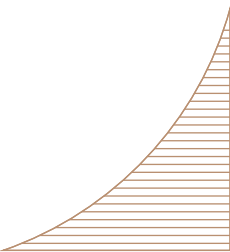
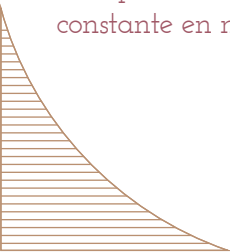
MI BANDA SONORA

Todos los días pongo en mi estado de WhatsApp una canción. A veces me paso unos minutos en YouTube eligiéndola pero la mayoría de las veces me limito a reproducir la que suena en mi cabeza. Porque sí, yo tengo mi propia banda sonora y cada día suena una canción por aquí dentro. Normalmente la música corresponde a mi estado de ánimo y suena una canción de mis favoritas pero a veces me sorprende a mí misma con "Sopa de caracol" y evidentemente ese día elijo otra para compartir en el estado de WhatsApp. El caso es que la música nunca para dentro de mí. Bueno, salvo un día, ese día sí paró.

Fue hace ya nueve años, recibí la llamada de una de mis hermanas y la música se detuvo. Me dijo que el malestar que arrastraba mi madre las últimas semanas, eso que nos había dejado tan preocupadas en Semana Santa, era un cáncer y que no sabíamos cuándo ni cómo, pero ese cáncer iba a acabar con ella. En mi cabeza sonó ese famoso efecto del vinilo cuando lo paras de golpe y después solo hubo silencio. No volví a escuchar absolutamente nada. Tenía que consolar a la niña que aun vivía dentro de mí, tenía que explicarle que su mamá se tenía que ir y ni todas las canciones de los payasos de la tele que tanto le gustaban de pequeña me podrían ayudar. En unos minutos llegó el mensaje de mi otra hermana, un "podremos" como una casa, escrito con mayúsculas, pero que ni aun así consiguió arrancar una sola nota dentro de mí. No tenía ni una canción triste para ponerme, simplemente no había repertorio posible para acompañar un momento así.

Dicen que la incredulidad y la negación son los primeros estados por los que pasas ante un hecho así pero yo me sentía en plena aceptación, como si realmente mi madre se hubiese muerto de golpe y ya jamás pudiera volver a verla. Yo vivía entonces a ciento y pico kilómetros de ella y en ese momento cada uno de esos kilómetros se me hizo inmenso, porque todo lo que quería era abrazarla ya y no podía ser. Yo tenía una vida aquí, un trabajo, una familia... no podía salir corriendo de inmediato y eso me quemaba. Mientras intentaba ordenar mis pensamientos y mis siguientes movimientos, el silencio seguía llenándolo todo y me invadía por dentro. No podía oír mi interior, simplemente no había más que un silencio espeso y pesado que me paralizaba y solo me permitía llorar como una niña asustada. Me sentía vacía.

No sé si pasaron horas o días hasta que pudimos coger el coche para ir a ver a mi madre. Creo que ni siquiera hablé con ella por teléfono, como si además de perder mi banda sonora hubiese perdido también el habla. Recuerdo esos momentos envueltos en niebla y sobre todo completamente mudos y sordos. Tampoco recuerdo qué CD escogí para el viaje, pero es seguro que puse alguno, porque la música es una constante en mi vida y por corto que sea el trayecto, la radio jamás va apagada.



Ya al llegar a casa de mis padres, la cabeza me duele y el corazón se me dispara. Subimos en ascensor desde el garaje y al llegar por fin ante la puerta de la cocina, las manos me tiemblan mientras hago girar la llave. Cuando la puerta se abre, la veo, como siempre, sentada en la cocina, y de inmediato su sonrisa y sus ojos grandes me reciben con la misma luz que siempre lo hacían. Su expresión me tranquiliza al instante, como siempre, me llena de calor y de energía. Su sonrisa ilumina la mía, que se enciende de inmediato y mis ojos le devuelven el saludo. El diagnóstico no ha cambiado desde la llamada, pero dentro de mí sé que aun nos queda mucho camino por recorrer y mucha vida por vivir y que lo haremos juntas. Mientras me acerco a besarla, la voz de Gloria Gaynor canta con el volumen a tope en mi cabeza "I will survive".

Dejé mis cosas en mi habitación, donde aún resuenan Hombres G y U2; los escuchaba tanto cuando estaba en el instituto que ya se han quedado entre estas paredes para siempre. Pasaré aquí muchos fines de semana aún porque a partir de ese día cada vez que pude me escapé a estar con mi madre. La vida se convirtió en una locura, en una montaña rusa, y aprendimos a vivir con ello. Todavía quedaban muchas buenas canciones que disfrutar y lo mejor fue sentir que las bailábamos juntas. El "I will survive" sonó muchas veces más y cuando no me salía de dentro, lo tenía que poner para animarme. Porque seguir el ritmo que marcaba mi madre era la única opción posible, y ella no se rendía ni se desanimaba. Como la orquesta del Titanic, seguiría tocando aunque el barco se hundiese.

Por desgracia un día, la canción se paró, dejó de escucharse; después volvió a comenzar, pero lo hizo en una estrofa diferente... Esta vez no era mi banda sonora la que se detenía. Era la suya. Sonaba como si perdiese la conexión. Y algo así era, aunque el diagnóstico real era más duro, metástasis cerebral.

También a eso me tuve que acostumbrar, a escuchar cómo se detenía la canción, a esperar con calma... y a sonreír cuando volvía a sonar, porque mi madre también sonreía cuando su música se reanudaba.

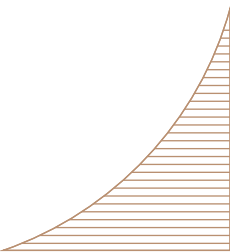
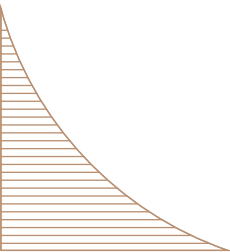
Pero esta banda sonora se acababa y lo sabíamos. Solo tuvimos la satisfacción de poder compartirla al final mis hermanas y yo juntas...y entonces simplemente se apagó.

Me gusta imaginar que se fue como dice la canción de Amaral:

"El día que yo me muera
me tumbaré sobre la arena
y que me lleve lejos cuando suba, la marea".

Pasados los años, la música sigue más viva que nunca dentro de mí. Mi madre también.

Autora: María José Taboada.





CUANDO EL CÁNCER SE CONVIERTE EN TABÚ

(Suenan Fix You, de Coldplay)

El diagnóstico de cáncer es... iba a decir difícil, pero no, es impactante. Te quedas en shock, dejas de pensar, pero a la vez solo piensas en eso. Aunque lo hayas vivido en familiares muy próximos, de repente no sabes que es exactamente lo que va a pasar contigo y con todo lo demás de tu vida. De repente, todo se para.

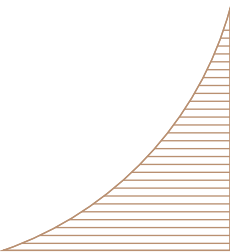
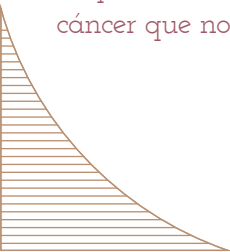
Yo decidí contárselo solo a los más cercanos, salvo a aquellos a los que no quería dañar con la noticia, como a los más mayores de la familia. Tampoco se lo conté a aquella gente que se lo podía contar a los que intentaba proteger, por lo que al final solo lo sabía un círculo muy pequeño de gente.

Al principio todo eran llamadas y mensajes del estilo: "¿Cómo lo llevas?", "¿Qué tal estás?", "¿Qué te van a hacer?". Preguntas normales, pero que coincidían completamente con las dudas que tenía yo misma. Así que no sabía responder a ninguna de ellas. Aún así, durante las primeras semanas las llamadas no cesaban, mientras yo solo intentaba asimilar la noticia.

La primera visita al médico con el diagnóstico confirmado no es lo que se dice agradable, simplemente me repitió lo que me habían adelantado por teléfono: es cáncer y hay que operar. Pregunto tímidamente, con miedo a la respuesta y sin saber si quiero saberlo, si tiene buen pronóstico. El médico me dice que suele haberlo, pero que hay que extraer el tumor y analizar para estar seguros.

Salí lo más entera que pude de la consulta y fui directa a pedir cita al cirujano. Temblando, con la cara descompuesta, me dirigí a la cola de citaciones, como una más. Ahí una administrativa con chicle me informa, como una máquina, que la primera cita que le sale es para dentro de tres meses... tres meses... Ahí el cerebro reacciona: ¡¡TRES MESES!! ¿¿CÓMO QUE TRES MESES?? ¿¿ME VAS A DEJAR CON UN CÁNCER TRES MESES?? La administrativa, sin un atisbo de compasión, me lo confirma: sí, tres meses. Y ahí se acabó la poca entereza que quedaba, se acabó el shock, en lo único en lo que podía pensar era en cómo quitarme cuanto antes ese tumor de encima. Tras muchas llamadas, súplicas y buena gente, al fin, logro la cita con el cirujano.

Llega la consulta y me dice: "de tener un tumor alguna vez en la vida, lo mejor es que sea este". Lo mejor es que no fuese ninguno, pensaba yo. Pero salí de la consulta medio contenta porque por suerte tenía un cáncer que no era tan malo.



Un mes después, me operaron y me quitaron la tiroides entera, dos paratiroides y todos los ganglios linfáticos del compartimento central. La operación fue muy bien, aunque tocaba esperar el informe del patólogo, que esperaban que no fuese distinto a lo que ya se sabía.

Cuando llega el tan ansiado informe, sorpresa, la palabra metástasis aparece en escena. Metástasis... vaya. Resulta que el tumor ha salido un poco revoltoso. Me pregunto qué hubiese pasado si me hubiese conformado con los tres meses de espera que me daban para la primera consulta del cirujano. Aquí llega el primer momento de frustración. Me lo habían pintado bien, pero no había ido tan bien. Además, como era bastante maligno, tenía que pasar por un tratamiento con radiación, en el que tenía que estar en una habitación aislada por unos días y otros más en casa. Nadie me había contado qué efectos secundarios tenía ni cómo lo iba a pasar, así que me entraron mil dudas y empecé a compartirlas con mi entorno, al cual le costaba oír porque, seamos sinceros, no es un tema agradable. Visto el poco interés, empecé a buscar en foros de pacientes algo de información, y comprensión.

Le acabé contando a ese entorno que buscaba esa información y se molestaron con ello. "No leas esas cosas", me decían, "te estas obsesionando con el tema y empiezas a ser un poco hipocondríaca". Qué gracia, hipocondríaca con un diagnóstico de cáncer. Como resultado, empecé a no compartir estas cosas.

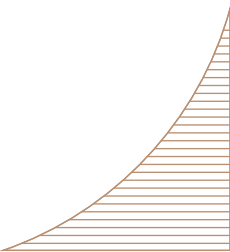
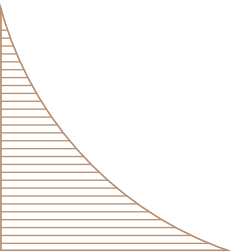
A esto se añade que, antes del tratamiento, empecé tomar la famosa "pastilla de la tiroides" y mi cuerpo empezó a sufrir mil cambios: la piel se seca, el pelo se cae, cambia el humor, el cansancio se agudiza, duele el cuerpo... Estaba mucho peor que antes de operarme, peor y en como en otro mundo. Es difícil adaptarse, pero nadie lo entiende. Supongo que con el ánimo de tranquilizarme, me decían que el cáncer ya no estaba, que tenía que estar bien, que todo lo que sentía eran imaginaciones mías, que no tenía que hacer caso a esas cosas extrañas que me pasaban, que muchas estaban en mi mente. Oí tanto esto que me lo empecé a creer e intenté hacer vida "normal", a pesar de que mi cuerpo no me lo permitía. Y me agoté y me frustré... Sobre todo, me frustré.

Y cuando empezaba a acostumbrarme a la pastilla, me la quitaron otra vez antes del tratamiento, para que fuese más efectivo, y tuve que hacer una dieta especial. Mi cuerpo volvió a ponerse enteramente del revés, sin saber qué hacer, y las dudas vuelven. Y en esta ocasión, ya no quedaba casi nadie con quien compartirlas.

Pasados unos meses el teléfono ya casi no suena. Mucha gente ya no está ahí y no tiene pensado volver, por lo menos no mientras haya enfermedad. Algunos de los que quedan, evitan el tema y se sienten incómodos al hablar de la enfermedad. Al final, me resigno y decido no hablar del tema, lo sufro en casa. Nadie pregunta, nadie sabe. Así que el cáncer al final se convierte en un tabú. Lo tienes tú, lo luchas tú.

Y así el primer tratamiento, el segundo un año después... y el tercer año llega la tan ansiada noticia: se acabó. Vuelven los mensajes y las llamadas. Pero el mensaje más importante, lo recibí de mi misma.

Autora: Elisa Bouzada.



SUPERVIVIENTE

Acelera fugaz, por el largo pasillo del hospital, mi camilla particular empujada por dos celadores que apresuran mi llegada a un quirófano. Cuatro enfermeras habilitando mi entrada me producen alivio. Me siento viva, a pesar de mis temores.

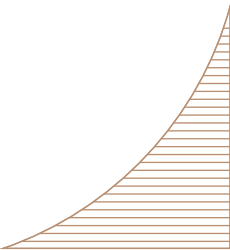
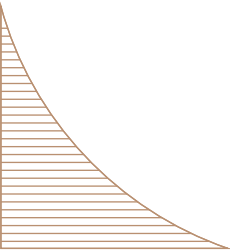
Transcurren seis horas hasta que despierto, inquieta, sin mi glándula suprarrenal derecha, frente a unos números rojos, tengo la sensación de que es un reloj, pero aún estoy algo adormilada por la anestesia. Me estremezco al pensar que soy una superviviente más.

Una explosión de emociones me acechan y yo me acucillo con mis recuerdos como un pajarillo en una rama. Temo decepcionar a mi familia, necesito vivir. Despliego mis alas y echo a volar.

Un mes después, soy capaz de sentir los mismos sentimientos, las mismas emociones, pero esta vez en otro pasillo diferente, con unos celadores distintos y con un cirujano nuevo, limpiando mi cuello de ese tumor y despojándome de mi tiroides querido. Angustiada, enojada, pero viva.

Y como diría Joaquín Sabina: "SUPERVIVIENTES SÍ, MALDITA SEA. NUNCA ME CANSARÉ DE CELEBRARLO"

Autora: María Zamorano.



K.O. AL CÁNCER

-¿Que episodio de mi proceso?- Pues me voy con el reloj del tiempo hasta un 17 de abril de 2015.

Tocaba ir al hospital, no voy a negar que mi corazón llevaba un ritmo más ligerito, pero mi cabeza a la vez decía, deja los nervios, ya tú no tienes cáncer, ya te operaron. A la vez, miraba a mí alrededor, una sala llena de personitas sin poder decir una media de edad. Escucho mi nombre, -¿Macarena?-, -siiiii-, -soy yo-, y ahí empecé a notar en mi pecho que ya era el galope de un caballo no mi corazón.

Entré en aquella consulta, ahí se encontraba mi médico, hoy por hoy mi ángel guardián, -Macarena, soy el doctor Fulano-, noto el temor en mis ojos, saludo a mi marido, y nos mandó a sentar, (un silencio absoluto), y de pronto, -Macarena, ¿por qué estás aquí?-.

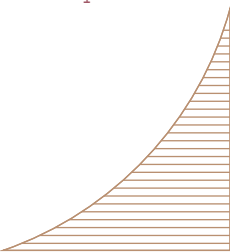
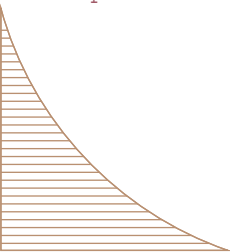
En ese momento, note que no era la mujer de 41 años, sino una niña de 4 años, y frente a una pregunta, que tenía forma de mostro, feo, grotesco, con esa vocecita que pude, conteste... -no sé-, me dice, -¿no sabes?-, le conteste, -yo tenía cáncer, pero a mí me operaron y ya está-.

Suena algo extraño, pero yo estaba totalmente convencida que ya yo no tenía cáncer, que él, ya se largo de mi vida cuando el 11/03/2015, en aquella operación de casi 9 horas, junto con los ovarios, útero, epiplio, la vesícula, el apéndice y poniéndome un baipás en la vena iliaca, porque quiso también necrosarse ahí, pero no, resulta que ese señor vestido de verde, con su mirada por encima de sus gafas, me miraba fijamente, y me decía, -tu estas aquí porque tienes cáncer-.

Sin forzar los ojos, empezaron a caerme lágrimas en silencio, y aquel señor me seguía mirando y de buenas a primeras otra pregunta, -¿tú te quieres curar?- a lo que sin dudar un segundo conteste, -pues claro-.

Intente serenar mi interior, pero nada, otra pregunta mas, -¿por qué te quieres curar?-, se me vuelve a estremecer todo el cuerpo, y contesto, -porque quiero ver crecer a mis dos hijos-, -uno de 7 años y otro de 5 meses-.

Aquel señor, con una cara de asombro, echa su silla hacia atrás, y me contesta, -ellos se quedan huérfanos y siguen su vida-, -mírame, yo no tengo mama-. En ese momento sentí una mezcla de rabia, impotencia, de tristeza, y en mi pensamiento, ¿cómo este hombre me dice eso y se queda tan tranquilo?



Como sería mi cara, que me dice, -tu estas aquí por ti-, -tienes que hacer el tratamiento por ti-, -y si no es así-, -no tenemos nada más que hablar-.

Mi marido, cada vez me apretaba mas la mano, ese hombre seguía con su mirada fija en mí, y de repente, mi voz -si, si, por mí-, -¿qué tengo que hacer?-, entonces, en ese momento, me miró de nuevo y me dijo, -hola Macarena, soy fulanito y soy tu médico-, -¿por qué estás aquí?-, yo lo miré, miré para Tino, mi marido que me sonrió, y contesté, -porque tengo cáncer, y me quiero curar-.

Se levantó, me pidió que me levantara, y me abrazo diciéndome, -tranquila, que te vas a curar-.

Recuerdo todo mi proceso con muchas subidas y bajadas, el físico te cambia, los amigos uno se van, pero otros son fundamentales, tu familia...

Todo al principio es un camino de espina, pero lo recorres acompañada, tengo el recuerdo de cuando me diagnosticaron metástasis, la salida de UMI, la sensación de verme en un cuerpo machacado por una súper cirugía, la morfina, la naso gástrica para alimentarme, los efecto secundarios y un largo etc.

El momento que fue crucial para mí, para yo tomar conciencia, fueron las palabras de mi ángel guardián, y por ello es el que quería compartir con ustedes.

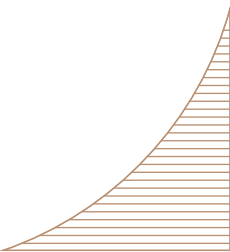
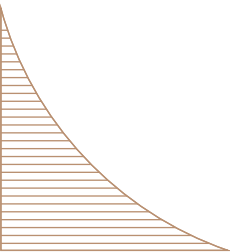
Cuando llega el cáncer a tu vida, te la pone patas arriba, te conviertes en un ser que sigues pautas, pero si algo saqué en claro, es que la actitud, ante este villano, hace muchísimo.

Hoy por hoy, sigo celebrando cada día la vida, dando gracias a esos profesionales que me hicieron ver que empezaba otra oportunidad, mi cirujana, mi ángel guardián, gracias a mis hijos, mi marido, mis padres, mi hermana, mi familia, mi compadre, una pieza fundamental, mis mamás molonas que me llevaban entre algodones, y a una persona que nunca lo supo, pero fue mi punto de partida, Kilian, el Azteca, (boxeador), empezó su camino en el ring ese mismo día, y yo, en el ring de la vida.

Un querer muy grande para tod@s, los que están, para los que no están, para mis dos estrellitas, Papaíto y mi hermana Ingrid, y desde este rinconcito, puedo gritar que SÍ SE PUEDE!!!, que SÍ PODEMOS!!!.

"Banda sonora con la canción Último Mohicano"

Autora: María Macarena Romero.

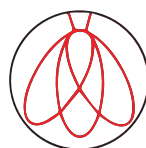


8 PREMIOS GEPAC

CON EL PATROCINIO DE



CON LA COLABORACIÓN DE





RESUELVE
TUS DUDAS EN
91 563 18 01
info@gepac.es
www.gepac.es

 [Tengocancer](#)  [@GEPAC_](#)  [gepac_cancer](#)  [GEPAC](#)